

Y díjole don Félix:
 A esos señores dí que nos esperan
 Que partan cuando quieran,
 —¿Cómo, señor, y estando en vuestra casa...?
 —Obedece, Fermín, que el día pasa,
 Y nosotros al punto montaremos
 Y á encontrarles iremos.
 Salió el viejo, y don Félix,
 Ya vestida su esposa,
 Abriendo la ventana, exclamó al cielo
 Mirando: ¡Qué mañana tan hermosa!
 —Mas con lo que ha llovido, dijo aquella,
 Debe de ser un cenagal el suelo.
 A cuya reflexion, bajando el conde
 Los ojos, tropezó con un objeto
 Del que no osaba, mudo de sorpresa,
 Volverlos á apartar... y la condesa
 Viendo que ni se mueve ni responde,
 Llegóse apoyándose en su hombro,
 Siguió su vista, y el objeto hallando
 Que contemplaba, enmudeció de asombro.
 Pura, olorosa, fresca y solitaria,
 En una grieta que en el muro habia
 Vejetaba una hermosa PASIONARIA,
 Que á los besos del aura se mecía.
 Ocultas en el hueco sus raíces,
 Solo en el aire al parecer segura,
 Mostraba sus riquísimos matices
 De la pared sobre la piedra oscura.

Nacida en el dintel de su ventana,
 Y en medio de sus góticas labores,
 Dijeran que la flor salía ufana
 A ser vista no mas de sus señores.
 Para ellos es la esencia soberana
 Que exhalan sus purísimos olores,
 Solo su mano alcanza á su guarida,
 Y en su mano no mas tiene la vida.

En un capricho de la esposa bella,
 En un deseo del galán esposo
 Puso Dios el influjo de su estrella,
 Y estriba en él su porvenir dudoso.
 Acaso adorne su beldad con ella
 Si halla Clotilde su valor precioso,
 Y él acaso la arranque y se la ofrezca
 Como oportuno adorno le parezca.

Mirábanla los dos, y no podían
 Dejarla de admirar. ¡Qué hermosa era!
 Al sol sus verdes hojas se tendían
 La flor de su capullo echando fuera,
 Y una encantada tienda parecían,
 Cuyos lienzos plegando una hechicera,
 El primoroso encanto que guardaba
 Bajo su rico pabellon mostraba.

Y al mágico poder de sus conjuros
 Sometida la flor por el encanto,
 Los tornasoles de la luz mas puros
 Reverberaba su oloroso manto.

Los del iris radiante eran oscuros,
 Y no brillaban los del alba tanto
 Como los que la flor mostraba en ella
 Ante los ojos de la esposa bella.

Si á fé: los de Clotilde parecían
 El espíritu y luz de sus colores;
 Con mas lujo y valor resplandecían
 Cuanto mas la miraban, sus primores:
 De su cáliz así se desprendían
 Mas suaves y mas puros sus olores,
 Y á do Clotilde en rededor miraba,
 Girasol de sus ojos se tornaba.

Si tendía su mano hasta cogerla,
 Oscilaba á su tacto estremecida;
 Si acercaba sus ojos para verla,
 Se esponjaba al favor agradecida:
 Si llegaba con su álito á mecerla,
 Cobraba al recibirla doble vida,
 Y era, en fin, de su antojo tributaria
 La encantada y silvestre PASIONARIA.

¿Cuándo ha nacido esa flor?
 Dijo el conde á la condesa.
 ¿No has sido de esta sorpresa?
 Díjole ella, tú el autor?

DON FELIX.

¡No, á fé mia!

CLOTILDE.

Yo pensaba
 Que tú la hubieras traído.

DON FELIX.

No por cierto, ahí ha nacido.

CLOTILDE.

Artificio la juzgaba,
 ¿Pues cómo en piedra tan dura
 Flor de tal delicadeza?

DON FELIX.

¡Estraña naturaleza!

CLOTILDE.

¡Y mas estraña hermosura!
 ¿Mas la tormenta pasada
 Cómo de ahí no la arrancó?

DON FELIX.

Antes creo que brotó,
 Con ella fecundizada.

CLOTILDE.

¡Raro portento!

DON FELIX.

Sí, á fé.

CLOTILDE.

Y qué olorosa y qué bella.

DON FELIX [alargando la mano para cogerla].

Orna tu frente con ella.

CLOTILDE [deteniéndole].

No la cortes, no.

DON FELIX.

¿Por qué?

CLOTILDE.

Es que viva privilegio
 Que la quiero conceder;
 Paréceme que ha de ser
 Arrancarla un sacrilegio.
 Pues ha venido á adornar
 Mi ventana flor tan bella,
 Ha de mantenerse en ella
 Y en ella se ha de agostar.
 Sea un secreto su vida,
 Velado á todo importuno;
 No quiero que por ninguno
 Pueda ser apetecida.

DON FELIX.

Sea, pues, como tú quieras.

CLOTILDE.

Secreto es mio, lo he dicho;
 Ya sabes que en un capricho
 Se esclavizan las mujeres.

DON FELIX.

No quiera Dios, alma mia,
 Que ese capricho te estorbe
 Quien corriera todo el orbe
 Por tu sola fantasía.
 Viva esa flor hechicera
 Cuando así pueda vivir;
 Y... ¡ha de pasarla morir,
 Siendo tú su jardinera!

Y así hablando los esposos,
 Al viejo Fermín llamaron,
 Y ambos á dos afanosos,
 Cuidados muy officiosos
 Por la flor le encomendaron.

Y viendo en el encir ar
 Correr ya los ojeadores,
 Para irlos luego á encontrar
 Se mandaron ensillar
 Sus dos caballos mejores.

IX.

Tres jornadas duró la cacería,
 Fecunda en reses y en azares varia,
 Y al volver la condesa al otro día
 A visitar su linda Pasionaria,
 Encontróla en la grieta todavía,
 Pura, olorosa, bella y solitaria,
 Mas frescos y brillantes sus matices,
 Mas á la piedra asidas sus raíces.

Las hojas de su verde enredadera,
 Profusamente en su redor brotaban,
 Y muchas ya de la ventana fuera
 En sus ricas labores se enlazaban;
 Pero entre ellas la flor única era,
 Mas capullos en ellas no apuntaban,

Ni anunciaban sus galas esquisitas
 Próximo el tiempo de ceder marchitas.

Y un día se iba tras otro,
 Y mas fresca y mas lozana
 Abria cada mañana
 Su tienda de hojas la flor,
 Como amante cuidadosa
 Que con el alba despierta,
 Y abre en silencio su puerta
 A la señal del amor.

La condesa, que hechizada
 Con su hermosa flor vivía,
 Pasábase todo el día
 Contemplándola crecer;
 Y cada vez el ramaje
 De su libre enredadera,
 Mas rico y sombrío era,
 Mas lujurioso do quier.

Por do en el muro encontraban
 O en la prolija moldura
 Sus tallos una hendidura,
 Prendían una raíz,
 Y de ella brotando pródiga
 Rama fecunda y lozana,
 Entoldaba la ventana
 Fresco y silvestre tapiz.

A par que se iba cerrando
 Su enmarañado tejido,
 El tallo á la flor asido
 Iba cerrando á la par,
 Y del ameno follaje
 La flor colgada en el centro,
 Del arco quedaba dentro
 Entre uno y otro pilar.

Allí del sol y del viento,
 Y del turbion guarecida,
 Se prolongaba la vida
 De la misteriosa flor;
 Y allí, conforme pasando
 Iban los días por ella,
 Amanecía mas bella
 Y con hechizo mayor.

Y allí gozar dulcemente
 Larga existencia esperaba,
 Pues ella misma plantaba
 Donde vivir un vergel;
 Y allí sin duda orgullosa
 A reinar sola venía,
 Pues ella se suspendía
 Su primoroso dosel.

Úfanos de poseerla
 Los dos amantes esposos,
 Guardábanla cuidadosos
 De todo estraño desman,
 Y á fé que no se pasaba
 Un día en que veces ciento,
 No entraran en su aposento
 De la flor con el afán.

Para velarla á las aves,
 De la ventana por fuera,
 Tendieron una lijera
 Y sutilísima red,
 Y nadie entraba en su estancia

Ni de noche ni de día,
 Pues solo á Fermin se hacia
 Tan señalada merced.
 Allí pasaban las horas
 Los condes enamorados,
 Con su flor embelesados
 En sabrosa soledad;
 E ibanse mientras sus huéspedes
 Del castillo despidiendo,
 Enojosa comprendiendo
 O inútil su sociedad.
 Así olvidados y ajenos
 De amistades é intereses,
 Iban pasando los meses
 En su castillo feudal,
 Sin ver que pronto vendria
 Lluvioso el invierno y crudo,
 Y de su pompa desnudo
 Seria el campo un erial.
 Acostumbrados sus ojos
 A encontrar cada mañana
 Vejetando en su ventana
 Con nueva vida su flor,
 Tal vez identificóla
 Clotilde con su existencia,
 Divinizando en su esencia
 Su porvenir ó su amor.
 Tal vez simpático afecto
 Hácia la flor la arrastraba,
 Y un ser oculto adoraba
 En su capullo gentil,
 Y acaso algun amoroso
 Espiritu desterrado,
 Creia en ella encerrado
 Con sencillez infantil.
 Le saludaba gozosa
 Cuando el capullo se abria,
 Y al plegar le despedia
 Su nocturno pabellon,
 Como si en verdad pudiera
 En aquella pasionaria
 Algun alma solitaria
 Recibir su estimacion.
 El inocente capricho
 Su amante esposo reia,
 A su loca fantasía
 Crédito dando tal vez,
 Pues era el amor su vida,
 Y en el amor hay instantes
 En que vuelven los amantes
 Del niño á la candidez.
 Mas ya el abrasado agosto
 Tras julio ardiente pasaba,
 Y nunca se marchitaba
 Ni envejecia la flor.
 Plegaba todas las tardes
 Su capullo al caer el día,
 Y siempre á abrirle volvia
 Con mas hechizo y primor.
 Nunca brotaron sus ramas
 Otros capullos, y nunca
 Ni la tormenta la trunca,
 Ni la arrebata turbion,

Ni el crudo cierzo la hiela,
 Ni la consume el rocío,
 Y el invierno y el estío
 Benignos al par la son.

Señor, (á don Félix dijo
 El viejo Fermin un día)
 A no ser vuestra, diria
 Que hay hechizo en esa flor.
 —Hechizo, Fermin! ¿qué dices?
 —Cosa de encanto parece,
 Porque ni mengua ni crece,
 Ni muere nunca, señor.

Mi señora la condesa
 Con ella está enloquecida;
 Como á vos mismo la cuida,
 Y quierela como á vos.
 No tiene empeño mas grave,
 Ni cosa que mas la importe,
 Y hacer á una flor la corte
 No es cosa que manda Dios.

Honores, fausto y nobleza
 Por ella habeis olvidado,
 Por ella habeis enojado
 A vuestros deudos tambien,
 Pues su amistad concibiendo
 Que os era enojo importuno,
 Desfilaron uno á uno,
 ¡Y ojalá que pare en bien!
 —¿Qué quieres decir?

—Yo, nada;
 Mas mucho el vulgo murmura,
 Y dan por cosa segura
 Que á la nigromancia os dais;
 Que no sois francés recuerdan,
 Y corren, aunque en secreto,
 Sospechas sobre el objeto
 Que en vuestro encierro llevais.

Dicen que habeis sometido
 Por medio de un sábio ó brujo,
 De los astros al influjo
 El horóscopo del rey;
 Y si va por donde quemara
 Del vulgo la vil malicia,
 Me temo que la justicia
 Nos encare con la ley.

Y en fin, señor, yo que embustes
 No puedo sufrir en calma,
 Un día me rompo el alma
 Con el mejor del país,
 Y con tres zaragozanos
 Que meta entre esos franceses
 Hay una de aragoneses
 Que se estremece París.

—Bah! buen Fermin, no desbarres
 Soñando con tus paisanos.
 —¿Y los tres zaragozanos
 Que os sirven?

—¿Y qué son tres?
 —Como el mas imberbe de ellos
 En un callejon se aposte,

Ya sé yo que el gran Preboste
 Con su ronda vuelve pies.

Fermin, replicó don Félix,
 Decididos y tenaces,
 Ya sé yo que sois capaces
 De eso y mas los de Aragon;
 Mas si meteis algun día
 Quimera con los paisanos,
 Os mando cortar las manos
 Sin otra averiguacion.

Y esto escuchando, á una seña
 De su señor, el camino
 De la escalera mohino
 Tomó y humilde Fermin.
 Quedóse á solas don Félix
 Con su flor y con su esposa,
 Y en su posicion dudosa
 Empezó á pensar al fin.

Estranjero, y largo tiempo
 De la corte retraido,
 Y acaso el rey prevenido
 Estando ya contra él;
 Por bizarro y opulento,
 Con muchos enemistado,
 Y de muchos envidiado. . . .

Era algo ruin su papel.
 Audaz por naturaleza,
 Por español altanero,
 Valiente y buen caballero,
 Sufria un desaire mal:
 Y en su honor y antigua fama
 A mantenerse resuelto,
 Hubiérasele devuelto
 Al mismo rey por igual.

Mas existia otra causa,
 Otra razon, otro objeto,
 Otro escondido secreto,
 Que le impedia partir;
 Secreto, sí, que hasta entonces
 Dentro de su alma escondido
 Habia tal vez vivido
 Sin dejarse percibir.

Aquella flor, que gozando
 De una frescura infinita,
 Jamás doblaba marchita
 Su primoroso boton;
 Aquella flor misteriosa
 Cuya inmediata presencia
 Tenia oculta influencia
 En su propio corazon;

Aquella flor cuya vista
 Era el placer de su esposa,
 De cuya esencia olorosa
 Gozaba con tanto afán,
 Vió el triste que allá en el fondo
 De su pecho enamorado,
 Habia el poder cobrado
 De un dañoso talisman.

De aquella flor peregrina
 La hermosura le hechizaba,
 En su presencia gozaba
 Incomprensible placer,
 Y al percibir de su cáliz

El mágico aroma apenas,
 Sentia dentro sus venas
 La sangre inquieta correr.
 De aquella flor á la vista,
 Sentia que en su memoria
 Se renovaba una historia
 De mucho olvidada ya,
 Y en ella ardía un recuerdo
 Triste, eterno y solitario,
 Como luz que en un santuario
 Ardiendo perenne está.

Jamás extibiado habíase
 Con su esposa su cariño;
 Pero su historia de niño
 Jamás se le recordó,
 Hasta aquella horrible noche
 De repentina tormenta,
 En que de su historia cuenta
 Clotilde le demandó.

Indiferente y tranquilo
 En la siguiente mañana,
 Abrió él mismo su ventana,
 Mas la Pasionaria al ver,
 Sintió por la vez primera
 Con amargo sentimiento,
 Aquel fatal pensamiento
 En su mente aparecer.

Vago y sin fuerza hasta entonces,
 Y allá en el alma escondido,
 Recuerdo tal habia sido
 Un imperceptible imán,
 De cuya robusta fuerza
 Jamás llegó á recelarse,
 Hasta que quiso apartarse
 Del funesto talisman.

El, de sí mismo con miedo,
 Juzgólo aprension, capricho,
 Y él no se lo habia dicho
 Ni aun á sí mismo jamas;
 Mas del buen zaragozano
 Fermin la ruda franqueza,
 Corroboró la certeza
 De sus sospechas en mas.

Entonces con claros ojos
 La realidad contemplando,
 Fué don Félix empezando
 La verdad á comprender:
 Por una parte alarmada
 La suspicacia francesa,
 Por otra, víctima y presa
 De unos hechizos su ser.

De tantos ojos voraces
 Atentos á sorprenderle,
 Ocultarle y defenderle
 Fué cosa imposible al fin,
 Y de la flor el secreto
 Por último divulgado,
 Por do quier fué interpretado
 Con la malicia mas ruin.

Ya con amistad finjida
 Y con pretestos capciosos,
 Llegaron varios curiosos
 El castillo á penetrar

Del español envidiado
En la mansion ó el semblante
Buscando del nigromante
Señales que denunciar.

Y algunos sábios fanáticos
Con curiosidad sencilla
Quisieron la maravilla
De la Pasionaria ver,
Mas enojado don Félix
De su impertinente audacia,
Negóse con pertinacia
Su permiso á conceder.

Arrastrólos sin embargo
La fé de su ciencia vana
Hasta acechar la ventana
Donde existia la flor,
Y viendo á los dos esposos
En ella continuamente,
Tuvieron por evidente
Un sér maleficiador.

Dieron al conde don Félix
Por enemigo de Francia,
Y adquirió tal importancia
Esta opinion, que hasta el rey
Llegó á recelar acaso
De aquel hechizo el influjo,
Teniendo al supuesto brujo
Vigilado por la ley.

Don Félix, que idolatraba
Con toda su alma á su esposa,
Sintiendo otra poderosa
Llama en su pecho brotar,
Airado contra sí mismo,
Loca tentacion juzgándola,
Quiso de su alma arrancándola
La fé de su amor salvar.

Y un dia que ambos gozaban
La bella flor contemplando,
Conversacion entablando
Dijo don Félix así:

—¿No te parece, Clotilde,
Que hay en esa Pasionaria
Una mágia extraordinaria
Que nos alucina?

CLOTILDE.

Sí,
Yo cerca de ella un deleite
Tan soberano percibo,
Que me parece que vivo
Donde ella vive, mejor.
Nada con ella echo menos,
Y en su presencia me place
Sentir, Félix, que renace
Mas tierno por tí mi amor.

DON FELIX.

No es tal mi dicha, Clotilde:
Yo siento una incertidumbre,
Una estraña pesadumbre
Al contemplarla no mas.
Páreceme que á su vista
Nuestro amor se disminuye,

Y la ventura nos huye
Para no volver jamas.

CLOTILDE.

Félix ¡tú pierdes el juicio!
¿Qué puede en nuestra ventura
Intervenir la hermosura
De esa solitaria flor?

DON FELIX.

No acierto, Clotilde mia,
De tal misterio el origen;
Mas mil temores me afligen
Y . . . destruirla es mejor.

CLOTILDE.

Eso no; cuando la vimos
La cogí bajo mi amparo,
Y quien la toque declaro
Que atenta á darme un pesar.
Aquí esa flor ha nacido,
Y es mi deleite, mi encanto;
Y aquí, Félix, por lo tanto,
Cuanto pueda ha de durar.

DON FELIX.

Sea, y no quieran los cielos
Que ese capricho te estorbe
Quien corriera todo el orbe
Para buscarte un placer.

CLOTILDE.

Ah, Félix mio, perdóname
Si mi amor te la defiende;
¿Mas en qué mi amor te ofende?
¿Qué puede en tu mal tener?

Mis ojos gozan mirándola
Tan pura siempre y tan bella,
Tengo mi capricho en ella
Como mi amor tengo en tí,
Tan poderoso es el mio
Como es el otro constante.
¿Piensas que menos amante
La flor ha de hacerme; dí?

No; los gustos peligrosos
De la necia corte olvido;
Helos ya sustituido

Con su inocente primor,
Y aquí, en soledad tranquila,
En pura y campestre calma,
Mas no apetece mi alma
Que su Félix y su flor.

Y así diciendo, en los brazos
Cae Clotilde del conde;
Y este el semblante la esconde
Alterado de placer.

Y así su enojo ahuyentando
Con dulcísimas caricias,
Tornaron á las delicias
Del amor que les da el sér.

Y uno tras otro así fueron
Los bellos dias pasándose,
Su dulce vida llevándose
De soledad y de amor.
Y al asomar por Oriente

La aurora cada mañana,
Fresca, olorosa y lozana
Se abria siempre la flor.

X.

¡Ay del que necio en la fortuna fia!
¡Ay del que espera en el poder mundano!
El que vive feliz un solo dia,
Otro tal vez igual espera en vano.
Sí, todo al fin el tiempo lo trastorna,
Todo en la tierra por su mano pasa,
Y el monte que hoy adorna
Con espeso amenísimo follaje,
En breve espacio con furor le arrasa,
Sin que halle en él la yerba mas escasa
El pájaro mas ruin por hospedaje.
Y su golpe no quita
Casco ferrado ni áurea corona,
Ni su arbitraria enemistad se evita
Con fuertes torres ó tendida lona,
Porque salva la mar con solo un paso,
Y á su soplo se hieuden las murallas
Como en el fuego se quebranta un vaso.
No hay para el tiempo ni esencion ni vallas.
Diez meses no serian
Tal vez cumplidos, y en dolor trocadas
Las dichas de don Félix se veian,
Su esperanza y sus glorias trastornadas.

Era un dia de niebla húmedo y frio;
Todo era soledad, silencio todo
El castillo sombrío.
No por sus anchas bóvedas sonaba
Rumor alegre de placer y vida;
No clamorosa multitud se hallaba
En sus largos salones reunida.
No, no; todo es ahora
Duelo y quietud, que el tiempo y la fortuna
Sientan allí su mano asoladora,
Y quien la habita llora
Sin esperanza alguna.
En un largo aposento,
Do medio roble humea
Tendido en una antigua chimenea,
El rostro macilento,
Y de pesar el corazon transido,
Yace don Félix en el hondo asiento
De una poltrona hundido.
Las lágrimas que brotan de sus ojos,
Indicios son de su dolor; estrecho
Paso sus lábios dan á los gemidos
Que arranca de su pecho,
Y claros de la suerte los enojos
Se muestran en sus ayes doloridos.
Fermin, el buen soldado,
Mústio tambien y pálido el semblante,
Del fuego está delante
Junto al conde sentado.
Y acreditar sus pesadumbres puede

La igualdad del señor con el vasallo,
Pues solo el infortunio la concede.
—No hay remedio, Fermin, dijo don Félix,
Los doctores así me lo aseguran.
—Los doctores, señor, por sí la yerran,
Casi siempre desgracias nos auguran.
—¿No, Fermin, es inútil esperanza!
Ellos mismos confiesan
Que su ciencia no alcanza
La muerte á detener.

Y aquí callando,
Tornó al llanto don Félix,
Y el anciano Fermin siguió llorando.
Y era razon llorar por la condesa,
Pues de dolencia inestinguible presa,
Aunque de tres doctores asistida,
Se hallaba en tal momento
A las manos de un mal íntimo y lento,
Próxima á despedirse de la vida.
Y en aquel aposento,
Del esfuerzo postrero de la ciencia
Esperaban el fallo
Con dudosa impaciencia,
El mejor conde y el mejor vasallo.

Abrióse al fin la puerta
Que de la esposa al aposento daba,
Y la mirada incierta
Ninguno á ella dirigir osaba.
Tuvieronse en silencio los doctores
Al dintel, con respeto
Al intenso dolor del noble esposo,
En su gesto turbado y lastimoso
Mal ocultando su fatal secreto.

Acercaos, señores,
Don Félix dijo al fin, daráme ayuda
Para arrostrar en calma mis dolores,
El Dios á quien suplico que me acuda
En mis cuitas mayores.
¿Hay esperanza aún?

—“La ciencia vana
“De los hombres, señor, no encuentra alguna.
“Solo de Dios la ciencia soberana
“Sabe qué el sol alumbrará mañana,
“Y ve de todos el sepulcro y cuna;
“Fuera de esa esperanza, no hay ninguna.”
Cayó en su silla el conde desplomado,
Y ocultando en las manos el semblante,
En su propio dolor quedó abismado.
Y aprovechando al punto aquel instante,
Del cuarto los empiricos salieron,
Y del castillo, á do jamas volvieron.

Su fin tocaba el dia,
Y mas densa la niebla encapotaba
La atmósfera; la noche que avanzaba,
Fria, lluviosa y lóbrega venia;
Y sin fuerzas el viento no sonaba
En la enramada umbría.
En apartada alcoba
Que alumbraba escasa lámpara, se queja
Clotilde hermosa á quien la vida deja,
Y á quien la muerte para el mundo roba.
Desencajado el rostro, y amarilla

La tez rosada y pura,
En sus radiantes ojos ya no brilla
La luz de la hermosura.
Sus lábios sin color no se desplegan
Con amorosa y celestial sonrisa,
Y sus ebúrneas manos ya no juegan
Con sus espesos rizos,
Que noecerá mas la mansa brisa,
Descubriendo los májicos hechizos
Del torneado cuello,
Del pecho virginal y el hombro bello.
Aun tiene amante con su mano asida
De don Félix la mano,
Y aun con escaso aliento
Murmura su postrera despedida.
Y aun buscan en el lóbrego aposento
Sus turbios ojos el objeto amado
De su alma enamorada aun no borrado.
El amoroso conde que la adora,
Junto á su lecho desolado llora,
Y á las palabras de su amor responde
Con palabras mentidas de consuelo,
Porque no se le esconde
Que á ver no volverá la luz del cielo.
—¿Por qué lloras, mi bien? le preguntaba
La moribunda esposa.
Y con voz cariñosa:
—“No lloro,” el infeliz la contestaba,
Y así plática entre ambos se entablaba:

CLOTILDE.

Sí, sollozar te escucho.

DON FELIX.

Tu mente débil te lo finje acaso.

CLOTILDE.

No, Félix, no me engaño, te amo mucho,
Y esta mano en tus lágrimas me abraso.
Leo en tu corazón.

DON FELIX.

Clotilde mía,
Del pensamiento aleja
Tan tristes ilusiones.

CLOTILDE.

¡Ay, Félix! es en vano tu porfía,
Escusa ya ficciones,
Falsas palabras deja,
Ya sé que llega mi postrero día.
¿Me amas aún?

DON FELIX.

—Mis lágrimas te dicen
Cuánto es mi amor; la eternidad entera,
Escaso tiempo para amarte fuera.

CLOTILDE.

Dime, ¿y mi flor? ¿estiendo todavía
Sus hojas ante el sol? ¿han decaído
Sus brillantes colores?

DON FELIX.

No, Clotilde, sus ramas han crecido.

CLOTILDE.

¿Pero y la flor?

DON FELIX.

Aun sola permanece,
Y otro capullo en derredor no crece.

CLOTILDE.

¿Cuánto tiempo hace ya que no la veo?

DON FELIX.

Pocos días no mas.

CLOTILDE.

Años perdidos,
Sin contemplarla que pasaron creo.
¿Se alcanza desde aquí?

DON FELIX.

Tal vez corriendo

Tus cortinas, y abriendo
La puerta de esa cámara vecina,
Se alcance á ver.

CLOTILDE.

Pues abre, y que mis ojos
La vuelvan á mirar, antes que cieguen,
De la muerte implacable al ser despojos.
Abrió en esto don Félix
La puerta de la cámara en que estaba
La flor maravillosa,
Y al gótico balcon donde brotaba,
Tendió los ojos la doliente esposa.

Oscura estaba la noche;

Los ojos mas perspicaces
No hubieran sido capaces
Su lobreguez de sondear.
Tendió á la ventana el conde
En las tinieblas la mano,
Mas abrió con ansia en vano
Sus hojas de par en par.

El mas escaso reflejo

No vió penetrar por ella,
Que no alumbraba una estrella
Del cielo la inmensidad.
Su negro manto en los aires
Las nieblas habian tendido,
Y de la luna sorbido
La trémula claridad.

Aun fresca, olorosa y pura.

La encantada pasionaria,
Vejetaba solitaria
En su enramado vergel;
Y aunque no pueden los ojos
Percibir bien la distancia,
Revela bien su fragancia,
Su eterna presencia en él.

—¿Dónde estás, dijo Clotilde,

Flor mía, que no te veo?
Si comprendes mi deseo,
Déjate ver, linda flor:
Siento ¡ay de mí! que al buscarte
Los ojos se me oscurecen;
Muéstrate, flor, si merecen
Mis ojos ver tu color.

A estas palabras, del lecho
De la moribunda enfrente,

Se iluminó de repente
Ténue y fosfórica luz,
Producida en las tinieblas,
De la oculta Pasionaria
Por la esencia extraordinaria
Y la mágica virtud.

Retrocedió amedrentado
La luz fantástica viendo
D. Félix, y no sabiendo
Los ojos de ella apartar,
Ni á respirar se atrevia,
Cuando en el otro aposento
Con desfallecido acento
Oyó á Clotilde llamar,

Acudió el triste solícito
Al pié de su cabecera,
Y allí de aquesta manera
Decir á su esposa oyó:

“Escucha, Félix, sentada
“La muerte á mi lado veo,
“Mas un extraño deseo
“Al sentirla me asaltó,
“Y dulcemente la vida
“Mi espíritu abandonara
“Si este deseo lograra.”

—¿Cómo lograréte? di.
—De tí tan solo depende.
Mas que te cueste no es justo
Este capricho un disgusto.

—Acaba.

—¿Consientes?

—Sí.

—“Pues mira, esa Pasionaria
Que fué mi encanto viviendo,
Pluguérame que muriendo
Fuera mi último placer.
De nuestro mal compañera,
Cual de nuestro amor testigo
Que muera esa flor conmigo,
Pues que me debe su sér.

Sí, apenas contaba un día
Cuando quisiste ofrecérmela,
Sea su muerte la mía,
Félix, arráncala hoy;
Ese es el favor postrero
Que ya de tu mano espero;
Cúmplemele, y al sepulcro
Tranquila y contenta voy.”

Quedó aterrado don Félix
Propuesta tal escuchando,
La mano tender no osando
A la misteriosa flor,
Los desencajados ojos
Fijos en ella teniendo,
Y en las pupilas sintiendo
Su mágico resplandor.

A comprender esta idea
Su mente no se atrevia;
Su voluntad resistía
Su ejecucion á emprender;
Y aquel pensamiento solo
Le tiene en duda tan fiera,
Como si á su impulso fuera

Un crimen á cometer.

Sí, sometido al influjo
De un vértigo incomprensible,
Sentía en sí una terrible
Desusada conmocion:
De un sér incógnito, oculto,
Secreto terror le asalta,
Y conoce que le falta
Valor en el corazón.

Que aquella flor que fué un tiempo
Las delicias de su esposa,
Cuya existencia preciosa
Quiere hoy romper con afán,
Ve el triste que allá en el fondo
De su pecho enamorado,
Todo el poder ha cobrado
De un dañoso talisman,

De aquella flor á la vista,
Siente que allá en su memoria
Se le renueva una historia
De mucho olvidada ya,
Y en ella vive un recuerdo
Triste, eterno y solitario,
Como luz que en su santuario
Ardiendo percenne está.

¡Oh! no, imposible que él sea
Quien aquella flor destruya;
Su vida es la vida suya,
El suyo tal vez su sér.
No, imposible, sin su esposa,
El como ella necesita
Aquella flor inmarchita
Por compañera tener.

Será de su amor pasado,
Cuando ella falte, un objeto,
Será un místico amuleto
Que aliviará su dolor;
Y de Clotilde el espíritu
Identificado en ella,
Siempre pura y siempre bella
Será ella misma la flor.

En sus brillantes colores,
En su inmarchita frescura,
El hallará su hermosura,
Su perdida sociedad.
Y en su castillo encerrado
Para siempre noche y día,
No tendrá mas compañía
En su larga soledad.

Mas ¡ay! que á la par Clotilde
Desea arrancarla ahora,
Y el buen don Félix la adora
Con toda su alma y su sér,
Y es imposible que al cabo
Su afán postrimero estorbe,
Quien corriera todo el orbe
Para buscarla un placer.

Acostumbrado de antiguo
A encontrar cada mañana
Al ir á abrir su ventana,
Con nueva vida su flor,
También identificóla
D. Félix con su existencia,

Divinizando en su esencia
Su porvenir ó su amor.
Y aun en la misma ventana
Su enredadera ceñida,
Aun vejetaba prendida
La pasionaria al dintel:
Mas ya crecidos los tallos
De sus ramas, parecia
Que desprenderse queria
A su verde cuna infiel.
Y en la mas larga pendiente,
Ya dentro del aposento,
Yacia en el pavimento
Sin arrimo y sin sosten,
Como si el fin contemplando
Avanzar de su señora,
Al suyo en la misma hora
Quisiera llegar tambien.
Dijeran que adivinando
El término de su vida,
La postrera despedida
Quería á Clotilde dar,
Y que hasta su mismo lecho
Subir intentando en vano,
Tomó el lugar mas cercano
A donde pudo arribar.
Y él la contemplaba trémulo,
Y ella su flor le pedia,
Y don Félix no sabia
En verdad qué resolver.
La flor seguía en la sombra
Ante sus ojos brillando,
Y él la seguía mirando,
En acuerdo sin volver.
Al fin la voz de su esposa
Oyendo desfallecida,
Que adios decia á su vida
Clamándole por su flor,
Sobre ella dió de repente,
Y en la oscuridad asiéndola:
—*Sea, pues!* dijo, rompiéndola
Con insensato furor;
A tal momento, Clotilde
Lanzó el último gemido:
Y el conde, de horror transido
En las tinieblas quedó,
Al escuchar que su nombre
Dentro del mismo aposento,
Otro conocido acento
Tiernamente pronunció.
¡Cielos! exclamó espantado,
¿Es realidad ó deliro?
¿De quién era ese suspiro
Que en las tinieblas oí?
—Félix, repuso en la sombra
Aquella voz dolorida,
¿No me conoces, mi vida?
Yo soy, acércate á mí.
Desatinado y atónito,
Tomó una lámpara el conde,
Y al sitio volviendo donde
La Pasionaria arrancó,
Vió con estúpido asombro

El desconocido objeto
Que el miedo y amor secreto
Hacia la flor le inspiró.

Pálida, fria y sin aliento apenas,
Enamorada aún y encantadora,
En lugar de la flor yacia AURORA,
En medio del oculto camarín.
Contemplábala atónito don Félix,
El misterio fatal no comprendiendo,
Y tendíale Aurora sonriendo
Los yertos brazos, próxima á su fin.
Y aun amoroso el rostro moribundo,
Díjole así con voz desfallecida:
—*He estado junto á tí toda mi vida,
Y muero con mi amor cerca de tí.
Velada á vuestra vista entre las hojas
De una hermosa y silvestre Pasionaria,
Fuí huésped de esa reja solitaria,
Y os ví felices y dichosa fuí.*

Siempre te amé; mas siempre cuidadosa
Miré mas que á mi amor á tu ventura;
Tú no fueras feliz con mi hermosura,
Y en mí encerré mi generoso amor.
Dios hizo que á este amor triste y sin premio
Fuera el amor de tu Clotilde unido;
Mas nuestro tiempo le pedí medido
Por el tiempo no mas de aquella flor.

No nos fué dado nunca conocernos,
Mas á la par vivimos y te amamos;
Ambas unidas á la tumba vamos,
Y te perdemos á la par las dos.
Juntas morir nos otorgó el destino,
Y tú mismo, al cortar mi Pasionaria,
Cumpliste mi recóndita plegaria.
Recibe, pues, mi postrimer adios.

Y á estas palabras la cerviz doblando,
Voló al cielo su alma enamorada,
Y en medio de la atmósfera nublada
Repentino relámpago brotó.
Las ramas de la verde enredadera,
En la estrecha ventana se inflamaron,
Y sus hojas ceniza se tornaron
Que el agitado viento arrebató.

Tendió don Félix las convulsas manos,
Ciego á su vista y de dolor transido,
Y privado de aliento y de sentido,
De la ventana al pié se desplomó.
Y diz que en su castillo de Aracena
Pocos años despues triste vivía,
Y que á Aurora buscaba todavía
Por el ameno valle en que vivió.

Aun de su viejo castillo
En una capilla oscura,
Se encuentra la sepultura
De su postrero señor.
Y en vez del busto de mármol
Y de inscripcion funeraria,
Hay solo una Pasionaria
De mano de un escultor.

LEYENDA SESTA.

APUNTACIONES PARA UN SERMON

SOBRE LOS NOVÍSIMOS.

TRADICION!

AL LECTOR EL AUTOR.

Como lo vas á leer,
Me lo contaron, lector:
Atañe al historiador
Lo cierto que puede haber.
Lo que mas la plazca de ello,
Crea tu razon discreta,
Mas no olvide que al poeta
Pertenece lo mas bello.
Querer dar con la verdad
Fiándose en sus escritos,
Es á yerros infinitos
Asentir con ceguedad.
Yo no pretendo enseñarte,
Lector, á menos atento:
Me daré por muy contento
Si es que consigues agradarte.
Solo á arrancarte un suspiro
O una sonrisa, aunque leve,
Mi estéril pluma se atreve;
Solo á deleitarte aspiro.
Dejemos la verdad, pues,
Que es la verdad siempre amarga
Y lo cierto grave carga
Para los poetas es.

Lo falso á lo verdadero
Lleva ventaja infinita;
La mentira es mas bonita,
Y yo siempre la prefiero.
La razon fria y severa
No hallará esta fantasía
Muy de su gusto, á fé mia;
Pero piense lo que quiera.

*El pueblo me la contó,
Y yo al pueblo se la cuento;
Y pues la historia no invento,
Responda el pueblo y no yo.
No hay en ella mas verdad
Que lo que Hartzembusch ha escrito,
Y yo por darme lo admito
Importancia y gravedad.
El, verídico escritor,
Me garantiza esta historia,
Pues yo soy, pese á mi gloria,
De mentiras profesor.
Yo vivo con la mentira,
Lector, en público trato,
Y confieso sin recato
Que la verdad no me inspira;
Empiezo mi cuento, pues,
Y si te agrada, lector,
No preguntes al autor
Si mentira ó verdad es.*

INTRODUCCION

QUE EL SEÑOR HARTZENBUSCH HA TEMIDO LA GALAN-
TERÍA DE PONER A MI LEYENDA SESTA.

Pero antes que en el Duero se sepulte,
Cruza Pisuerga plácida campiña,
Donde la rica mies, la rica viña
Derrama sus tesoros á la par.